

Los escritores españoles y la tentación de la muerte

Blanca Bravo

«No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdonó la vida cada día».
Miguel Hernández.

«Y el espanto profundo de mirarse a las manos / como si uno aún un ser vivo fuera»¹. Así se descargaba Leopoldo María Panero en uno de sus *Once poemas* firmados en el año 1992. La nostalgia –a pesar de todo– de la vida pasada, que considera peor de lo que pudo haber sido, la convicción de un terrible *ars moriendi* que acompaña al hombre desde que empieza a vivir –heredado en cada lectura de los escritores barrocos– y la posibilidad de dejar por escrito una muerte voluntaria son temas que se acumulan en los versos de Panero, unos versos que reflejan bien el pensamiento de un poeta obsesionado por el valor del fallecer. Sin embargo, a pesar de la literatura, Panero no ha logrado matarse. El escritor que intenta suicidarse, el que lo consigue y el que obliga al suicidio a sus personajes son algunos de los hilos que mueven este artículo, porque los escritores y la muerte conforman una pareja que viene de lejos, de lo clásico y los clásicos, desde el principio de la palabra. En uno de los relatos cortos más antiguos *Los dos hermanos: Anpu y Bata*, cuento egipcio fechado aproximadamente el año 1400 a. C., se hacía referencia al suicidio. Lo afirma Ron M. Brown en *El arte del suicidio*², un acertado análisis de la imagen de la muerte en distintas manifestaciones artísticas: escritura, pintura, cerámica. También la primera nota de suicidio conservada es de la civilización egipcia, data del siglo III a. C. y fue firmada por un consejero al faraón al que servía³. Los griegos valorarán posteriormente el suicidio

¹ Leopoldo María Panero, *Poesía completa, 1970-2000*, Madrid, Visor Libros, 2001, p. 451.

² Ron M. Brown, *El arte del suicidio*, Madrid, Síntesis, 2002.

³ *Recoge el dato Ramón Andrés en Historia del suicidio en Occidente*, Barcelona, Península, 2003.

como una de las opciones de acabar una vida, como Medea, de la que Dida teme que se clave un puñal por despecho⁴. La muerte voluntaria de los antiguos, entonces incluso heroica, fue considerada un tema profundo y lo suficientemente importante como para que quedara perpetuado en los primeros papeles escritos y en las primeras obras de arte literarias.

El suicidio es un tema amplio y cargado de matices que permite numerosos calificativos: morboso, atrayente, tabú, intrigante y temido. En una brevísima consideración del acto del suicidio, recordamos que había sido venerado en la Antigüedad, silenciado en los principios del cristianismo, demonizado tras las teorías maniqueístas de San Agustín y recuperado para la estética de lo fatal en el siglo XIX cuando la locura romántica invadía la voluntad artística. El suicidio, en fin, acabó derivando en el siglo XX en dos lecturas radicalmente opuestas e imposibles de reconciliar: heroísmo o locura⁵. Sin embargo, en un sentido profundo, el suicidio –lo demostró Émile Durkheim en su ya clásico estudio titulado precisa y escuetamente así, *El suicidio*⁶–, tiene mucho de mezcla de desaparición y de deseo de desaparición. Una es real, el otro imaginario. Cuando Durkheim lo define como «todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, llevado a cabo por la propia víctima que sabía que iba a producir ese resultado», quedan excluidas las acciones inconscientes que desembocan en la propia muerte. Y aquí es donde el misterio de la muerte voluntaria se hace mayor, ya que un muerto no puede contestar ninguna pregunta, no sabemos si pretendía realmente quitarse la vida o si sencillamente había estado coqueteando con la idea de dejar de ser cuando definitivamente –y, a lo peor, trágicamente en el último momento– desapareció. «Todo suicidio –escribió Castilla del Pino– deja pendiente el gran problema de la vida, es decir, el tema, por expresarlo de alguna manera, del texto que constituye el decurso existencial de cada cual»⁷. De forma que la muerte y la idea de la muerte son hermanas y desembocan en una bifurcación que marca los límites entre realidad y ficción. Y si alguien sabe de ficción, éstos son los escritores. Una

⁴ Eurípides, *Medea*, Barcelona, La Magrana, 1994.

⁵ Para ampliar la historia de la valoración del suicidio remito al lector a *El arte del suicidio*, de Ron M. Brown e *Historia del suicidio en Occidente*, de Ramón Andrés, ambos referenciados en la bibliografía final.

⁶ Émile Durkheim, *El suicidio*. Estudio de sociología, Madrid, Losada, 2004.

⁷ Carlos Castilla del Pino, «Otto Weininger o la imposibilidad de ser», prólogo a *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, Barcelona, Península, 1985, p. 5.

gran cantidad de literatos decidió matarse y otros tantos escribieron sobre el suicidio. De los suicidados, es cierto que quizá por tratarse de personajes públicos, su muerte suele divulgarse de forma amplia y puede que la cantidad de escritores que decidieron autodestruirse no sea realmente significativa, comparada con otros grupos de población —no existen estudios, que yo conozca, sobre la tasa de escritores suicidados cada año—⁸. De hecho, en contraste con otras profesiones que implican un gran esfuerzo físico o una rutina abusiva, puede que los escritores se suiciden poco. Y, sin embargo, también se suicidan y ese último gesto puede rastrearse en las palabras que nos legan, como un trágico capítulo que cierra la biografía del autor como si se tratara de un esfuerzo postrero de creación.

Que hay numerosos escritores que decidieron matarse queda claro tras hojear algunas antologías recientes dedicadas a recoger plumas suicidas: Ambrose Bierce, Guy de Maupassant, Henri Roorda, Leopoldo Lugones, Jack London, Horacio Quiroga, Stefan Zweig, Virginia Woolf, Ryunosuke Akutagawa, Jacques Rigaut, Ernst Hemingway, Robert Ervin Howard, Cesare Pavese, Dazai Osamu, Malcolm Lowry, José María Arguedas, Dylan Thomas, Bohumil Hrabal, Calvert Casey, Héctor Álvarez Murena, Yukio Mishima, Sylvia Plath, Danilo Kis, Reinaldo Arenas y Luis Criscuolo constan en una de esas recopilaciones de material literario de suicidados⁹. En este caso, el orden se aplica por la fecha de nacimiento, de modo que esta lista heterogénea de nombres tiene poco más en común que lo de ser escritores que acabaron por matarse. Todos tuvieron un motivo, aunque no fuera más —ni menos ciertamente— que el cansancio de vivir.

Ningún escritor español se incluye en la mencionada antología prologada por Benjamín Prado, quien sentencia que «la muerte no tiene pasado». Y, sin embargo, el pasado esconde las razones que llevaron a la muerte a esos escritores. Decíamos que ningún español es incluido,

⁸ Felicia R. Lee en un artículo aparecido en *The New York Times* / *El País* reflexionó sobre la tendencia suicida de los poetas. Basándose en las ideas de James C. Kaufman, afirma: «Si se compara con la ficción y la no ficción, la poesía suele ser más introspectiva. Esto le ha llevado a concluir [a Kaufman] que probablemente los índices más altos de mortandad de los poetas estén relacionados con sus índices más altos de desequilibrio mental».

⁹ *Suicidas*. Antología, Madrid, Opera Prima, 2003. Eduardo Tijeras, autor de uno de los estudios pioneros del tema de los escritores suicidas con su libro *El estupor del suicidio*, aparecido en noviembre de 1980, en el que enumera y analiza a otros tantos escritores. Después de un estudio teórico sobre las motivaciones del suicidio y de la consideración cultural y social del acto final, biografía a más de cincuenta escritores que acabaron cayendo en la tentación de la muerte voluntaria.

pero también los hay, trágicos suicidas que murieron porque amaron demasiado la vida y se cuestionaron profundamente el sentido que tenía continuarla cuando consideraron que todo era ya para nada.

Que el atormentado Ernst Hemingway se pegara un tiro cansado de amores que empezaban y se rompían, agotado por un alcohol que le provocaba duras resacas y extenuado de luchar contra recuerdos bélicos instigadores, parecía previsible. Que la abandonada Sylvia Plath metiera la cabeza en un horno parecía consonante con su anterior intento de suicidio, con su desesperación por no ser –según creía ella– la mejor escritora, la mejor madre, la mejor esposa y supuso el final de la decepción que venía de otro intento de suicidio anterior. Incluso que se suicidaran Stefan Zweig, Horacio Quiroga, Virginia Woolf, Primo Levi y Reinaldo Arenas podría explicarse desde la desesperación de la huida, unos de los fantasmas, algunos de la locura y otros de la enfermedad. En este sentido, también podíamos esperar que el apasionado romántico que era Mariano José de Larra (1809-1837) acabara disparándose en la sien, en un gesto que cerraba una biografía hecha para la provocación en un tiempo que siempre consideró demasiado rancio. El genial periodista que fue Larra iba anunciando su muerte entre las líneas de sus artículos, en los que el lector avisado tiene que ver más un lamento que una crítica. Entendemos a Larra en su suicidio, dolido por los celos, atormentado, como buen romántico, por un amor no correspondido y recreamos su muerte con las palabras que nos dejó la escritora Carmen de Burgos en su excelente biografía –también romántica– del periodista¹⁰. Sin embargo, un toque de pesimismo crónico va tiñendo los artículos de Larra de dolor y de una ironía demasiado ácida. Dice Carmen de Burgos que la decisión fue pasional e irracional, pero es muy probable que Larra la hubiera sopesado en más de una ocasión, así que no resultaría tan irreflexiva, puesto que fue directo al arma y disparó sin dudar. Poco antes había escrito el «delirio filosófico» titulado *La nochebuena de 1836*, que acababa con una voz que golpeaba espiritualmente al *alter ego* del escritor: «Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Entre ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora: tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a

¹⁰ Recogemos el fragmento del suicidio de Mariano José de Larra relatado por Carmen de Burgos en su estupenda biografía titulada *Figaro en el segundo artículo de este dossier*.

los pies de la primera que pasa [...] Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. [...] Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!»¹¹. Toda una declaración de desasosiego. El 24 de marzo de 1909, en una cena de homenaje a Fígaro organizada también por Carmen de Burgos, el lúcido Ramón Gómez de la Serna hizo una estupenda crítica de la obra de Larra dividiéndola «en la de antes del suicidio y en la de dentro del suicidio». Realmente, la obra de Larra destila desengaño y la opción final podía intuirse.

Larra, uno de los mejores escritores modernos, se suicidó. Sin embargo, es cierto que si nos detenemos a observar la estadística de los escritores españoles suicidados, parece que se matan poco o, quizá, en menor medida que los escritores de otros países. El otro gran romántico, Gustavo Adolfo Bécquer, murió trágicamente joven, pero por enfermedad y tampoco contamos con escritoras suicidas a lo Woolf, Plath, Storni o Pizarnik como no sea que el «muero porque no muero» de la mística Santa Teresa deba entenderse como una llamada a la muerte. Este reclamo era, en realidad, un tópico místico y barroco del morir porque no se moría, un auténtico grito solicitando el suicidio, pero para renacer en otra vida divina y mejor. Como la Santa, San Juan de la Cruz solicitaba muerte en el siglo XVI. Le suplicaba a Dios en el *Cántico*:

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y tu hermosura.

Y también una variante del poema de Santa Teresa en las *Coplas de el alma que pena por ver a Dios*:

Oye mi Dios lo que digo
que esta vida no la quiero
que muero porque no muero¹².

Místicos, solitarios, atormentados y convencidos de que la vida es para sufrirla, esperando morir no para dejar de ser sino, precisamente,

¹¹ Mariano José de Larra, Artículos de costumbres, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, pp. 267-268.

¹² San Juan de la Cruz, Poesía, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 251 y 267.

para empezar a serlo. Esta tendencia está en consonancia con las enseñanzas de la *Biblia* donde podemos leer afirmaciones de Jesús que instigan al menosprecio de la vida física: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará»¹³. De modo que el mártir se convierte en el auténtico ser espiritual. Esta noción de la muerte topa de frente con la convicción romántica que animó a Larra y, desde luego, con la mentalidad de algunas escritoras españolas de principios de siglo XX que quizá coquetearon también con la idea del suicidio —Margarita Nelken escribió *Mi suicidio* y Carmen de Burgos *El suicida asesinado*¹⁴, dos textos que aparecieron en la colección *La novela corta*—, pero que nunca se decidieron por él, combativas y luchadoras como eran.

Más de sesenta años después de que Larra se disparara, Ángel Ganivet (1865-1898) se lanzó al mar desde un barco. Parece el suicidio de un visionario el de este escritor y diplomático que con apenas 32 años decidió que había vivido lo suficiente cuando se perdieron las últimas colonias. Cinco años después de su muerte, en 1904, su amigo Francisco Navarro y Ledesma editó las cartas que Ganivet le había enviado. Todas muestran un tono melancólico, pero especialmente una de ellas, fechada el 4 de enero de 1895, muestra el germen de la decisión del suicidio:

«Puedo permitirme la satisfacción de entretenerme con mis imaginaciones para disfrazar las miserias de la vida e impedir que se acerque la idea del suicidio, que no resuelve nada tampoco, si como es de temer tenemos varias ediciones, y cuanto antes nos inutilizamos tanto antes nos echan tapas y medias suelas en el laboratorio de las almas, para lanzarnos a funcionar de nuevo en este planeta o en otro, si hay varios que nos ayuden en estas faenas»¹⁵.

El autor de *Idearium español*, una lúcida recopilación de artículos críticos sobre el país, murió joven, cuando su carrera empezaba a gestarse, y, lo decía Fernández Almagro en el prólogo a las *Obras completas* del escritor, «para la inmensa mayoría de los españoles, Ganivet nació en el instante mismo de arrojar el despojo de su vida a las hela-

¹³ Ramón Andrés, *Historia del suicidio en Occidente*, op. cit., p. 81.

¹⁴ Margarita Nelken, *Mi suicidio*, *La novela corta*, n.º 474, diciembre, 1924 y Carmen de Burgos, *El suicida asesinado*, *La novela corta*, n.º 339, junio, 1922.

¹⁵ Epistolario, *cartas de Ángel Ganivet editadas por Francisco Navarro y Ledesma*, Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams Editor, 1904.

das aguas del Duina»¹⁶. La curiosidad por la vida de quien decide quitársela ha dado el éxito a numerosos escritores. Moría el hombre y nacía la leyenda.

Ya a principios del siglo XX el escritor Felipe Trigo (1865-1916), considerado uno de los mejores narradores eróticos, se suicidó. En plena monarquía de Alfonso XIII el autor de *Jarrapellejos* optó por acabarse. Años después, las muertes de los escritores se debieron a la contienda civil y no tanto a la renuncia personal. Transcurrido prácticamente todo el régimen franquista, en el año 1972, se mataron dos escritores catalanes: el barcelonés José Mallorquí (1913-1972) y el tarraconense Gabriel Ferrater (1922-1972) –de quien habla largo y tendido Jordi Amat en un artículo de este dossier–. Mallorquí, famoso creador de *El coyote*, llevaba cientos de títulos publicados cuando su mujer falleció y él se vio sin ánimo de continuar. «Utilizó un colt, el mismo tipo de revólver que imaginativamente hizo manejar con destreza a sus personajes»¹⁷, como escribió Eduardo Tijeras en su documentado libro *El estupor del suicidio*. Dejó una nota encima de la mesa: «No puedo más. Me mato. En el cajón de mi mesa hay cheques firmados. Papá. Perdón.» Claude Guillon e Yves Le Bonniec afirmaban en un análisis de las motivaciones del suicidio: «Es no poder vivir lo que empuja a morir»¹⁸. Y ese empuje es el que encontró Mallorquí cuando se vio solo y desahuciado sin su esposa.

Alfonso Costafreda (1926-1974), poeta de la generación del 50, escribió *Suicidios y otras muertes* y poco después se mató. Dejó escritos versos profundos y cargados de intenciones, como los últimos del titulado *Mas no vosotras*, referido a las estrellas:

Algo brilla sin fin, mas no vosotras,
mientras ansioso yo pregunto...
La muerte brilla cegadora
en el aire que apenas
es un manso susurro.

¹⁶ La referencia completa rezaba: «Sus libros antecederon en muy poco tiempo a la muerte del autor. Y al sobrevenir ésta en circunstancias más que dramáticas, por complicarse en ellas el amor y la locura, gestores del suicidio en tremenda colaboración, un terrible sensacionalismo acreció el interés que ya empezaba a despertar el extraño y distante personaje.» Epistolario, *op. cit.*, p. 13.

¹⁷ Eduardo Tijeras, *El estupor del suicidio*, *op. cit.*, p. 260.

¹⁸ Claude Guillon e Yves Le Bonniec, *Suicidio. Técnicas, historia, actualidad*, Barcelona, A. T. E., 1983.

La muerte se convertía en una idea atractiva, también para José Agustín Goytisolo (1928-1999), compañero de la generación de los 50 del mencionado Costafreda y también de Carlos Barral y Gil de Biedma, amigo de José Ángel Valente y José María Caballero Bonald. Después de ganar prestigiosos premios de poesía –Premio Adonais y Ausias March–, y tras publicar estupendos libros, decidió quitarse la vida lanzándose por el balcón. Luis Antonio de Villena escribió sobre él: «Bebedor, fumador, vitalista, hombre de la vida como libertad y como exceso, tuvo al final de su vida innumerables depresiones.» Parece que estaba inmerso en una de ellas cuando dio el salto fatal, dejando como legado sus poemas y, especialmente, *Palabras para Julia*, para la hija y para el que leyera.

Y, en fin, logró suicidarse Ramón Sampedro (1943-1998). Sampedro es un escritor peculiar. Lanzado a la escritura para explicar la que él considera una lógica solicitud de suicidio, acabó escribiendo poemas intimistas profundos y cargados de emoción, como el que sigue:

Un amigo
 que sienta como yo el mismo latido;
 un amigo
 que su corazón sea el mío, y el mío suyo;
 un amigo
 que su dolor sea el dolor mío;
 un amigo
 para poner fin al dolor infinito;
 un amigo
 que me preste su mano para mi suicidio;
 un amigo
 que no crea en dioses sino en el amigo;
 un amigo
 que nos remate cuando estemos de muerte heridos.
 Ese amor existe, pero está prohibido.

Son versos arrebatados y arrebatadores que transpiran el deseo de la muerte que no podía llevar a cabo porque durante años estuvo ligado a una cama sin poder mover más que la cabeza después de un trágico accidente. Este escritor suicida está recientemente de moda porque una excelente película dirigida por Alejandro Amenábar y protagonizada por Javier Bardem ha recogido su figura¹⁹. Ramón Sampedro es quizá

¹⁹ Mar adentro, 2004.

el escritor suicida que pregonó durante más tiempo su intención de morir y su desesperación por ser materialmente incapaz de suicidarse. *Cartas desde el infierno* es un volumen que recoge poemas como el precedente, además de cartas que mantuvo con quien quiso cartearse con él y breves ensayos verdaderamente filosóficos que se cuestionan la voluntad de morir. Prácticamente en todos los textos aparece la idea del suicidio. Es sobrecogedor, todavía más pensando que tenía que escribir con la boca, agotado por el esfuerzo y que de sus largas horas enfrentado al papel en blanco que colgaba frente a su cabeza lúcida surgieran palabras como las que recoge el libro: «Y no me dejan ser ni muerto ni vivo / estos locos y alucinados desquiciados.» Son los versos finales del poema *¿Y cómo hablo de amor si estoy muerto?* El sentimiento desgarrado se modera en los ensayos cortos que van flanqueando a lo largo del libro los versos doloridos: «La persona que acepta su propia muerte lo hace porque intuye alguna forma de trascendencia. Puede resultarte inexplicable. Pero mantener en los individuos el temor psicológico al castigo por actuar libremente llega a ser la forma más eficaz de dominarlos. Y también la de destruirlos.

«Cuando la muerte voluntaria tiene como único fin liberarse de un sufrimiento dramático, siempre sobrevive como trascendente un acto de la bondad humana, que es la única forma de acceder al nivel de una bondad divina»²⁰. Toda su escritura es un grito de auxilio solicitando precisamente –paradójicamente, para muchos– la muerte.

Sin embargo, si en muchos suicidas podemos observar rasgos que insinuaban su final, hay otros muchos que han coqueteado en los escritos con la idea de la autodestrucción y no la llevaron finalmente a cabo. Uno de los grandes lúdicos de la literatura española es Ramón Gómez de la Serna, quien en su libro *Senos*, en uno de los fragmentos de *Disparates* titulado «El suicida», escribió un *divertimento*:

Siempre estaba abriendo libros nuevos, como interminable guillotina...: ras y ras y ras y ras... Nunca acababa de abrir libros...: ras... ras... ras... ras... interminablemente.

Su cortapapeles era fuerte y afilado, uno de esos cuchillos de campo cuyo puño es una pata de ciervo impregnada de su bondad nativa, en contraste con la crueldad de la hoja.

Ras, ras, ras...: más libros.

Ras, ras, ras...: más libros.

²⁰ Ramón Sampedro, *Cartas desde el infierno*, Barcelona, Planeta, 2004.

Cansado de abrir tantos libros, y sin tiempo para leerlos todos, se mató con el cortapapeles²¹.

Esconde, sin embargo, un leve tinte de angustia existencial el suicida que no puede leer todos los libros que quisiera y con el arma en la mano decide morir. Otro de los escritores que evoca el suicidio reiteradamente es Miguel Hernández, a quien le sobraba el corazón cuando escribía versos con claras referencias fatales:

No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas,
y recuerdo aquel hacha compañera,
y pienso en los más altos campanarios
para un salto mortal serenamente.

Quien se buscaba la muerte por las manos, acabó enfermo en una cárcel franquista, recordando la República y pensando en el hijo. Gómez de la Serna acabó en Buenos Aires, muy lejos de su Rastro querido, buscando publicaciones que acogieran sus veteranas greguerías.

La poesía es quizá el género que predispone en mayor medida a la reflexión sobre la muerte. Pero es muy probable que la tendencia religiosa del país haya llevado a una actitud comedida de los escritores españoles ante la opción del suicidio. Podemos realizar incluso un pequeño ejercicio comparativo: observar el final de las grandes heroínas realistas. Todas ellas encaraban los problemas drásticamente. La atormentada Anna Karenina, se lanzó a un tren y la también torturada Emma Bovary bebió veneno que acabó con su vida debilitada. Eran actos convertidos en una especie de redenciones finales, sacrificios humanos. Sin embargo, la literatura española, más reacia a matar a sus heroínas, salva a Ana Ozores. En efecto, la adúltera de Clarín no se mata, no renuncia a su vida y acaba tirada en el suelo de una iglesia, derrotada, superada, pero no muerta. Indudablemente, la religión ha tenido siempre en la literatura española un papel fundamental. En estos términos, parece que el escritor español está más tentado que convencido.

Es indudable que numerosos personajes de la literatura española acaban suicidándose. Desde que en *La Celestina* (1499) Melibea se

²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Obra completa*, Barcelona, Circulo de Lectores.

lanzara al vacío desde el torreón de su casa por amor a Calixto y por despecho, muchos personajes de obras españolas se han suicidado. En la literatura contemporánea del siglo XX, concretamente en las novelas de preguerra, novelas de tendencia crítica, los personajes se suicidan al no encontrar una solución a sus problemas. Es el caso de Álvaro Jiménez, el protagonista de la tercera novela de Carranque de Ríos, *Cinematógrafo* (1936)²², quien se lanza por el Viaducto madrileño atormentado por un mundo materialista que lo supera. También en la novela de posguerra hay personajes suicidados, pero ocurre que no suelen ser protagonistas. En *Nada* (1944)²³, de Carmen Laforet, muere Román, el tío misterioso y bohemio de la apocada protagonista, mientras que en *La colmena* (1951)²⁴ moría ahorcada la madre de uno de los personajes homosexuales de la novela. El suicidio de posguerra es la renuncia escondida, el acto impuro, la salida desesperada.

Se escandalizaba Rosa Montero en un artículo reciente de la elevada tasa de suicidios en la época contemporánea. Las palabras finales de su artículo titulado «El suicida egoísta» son significativas de su posición: «Algo debemos estar haciendo muy mal para matarnos tanto, y el problema no parece ser la dureza de la vida, sino el endurecimiento fatal de los sentimientos»²⁵. Y, sin embargo, los escritores que se suicidan no endurecen los sentimientos, sino que los llevan a flor de piel y viven atormentados por no saber cómo adiestrarlos. De hecho, la relación entre los escritores y el suicidio se explica, en la mayoría de ocasiones, porque se han visto desbordados por emociones vibrantes, aturcidos por la fuerza de unas pasiones que los ha superado. En muchas ocasiones la palabra era la redención, como en estos versos de Alfonso Costafreda:

Y en la fe de mi verso sabiendo, sin vacilar afirmo
el absoluto sentido de la vida
en una tierra sin sentido²⁶.

Y cuando concluían que estaban viviendo en una tierra sin sentido tenían que escribir o morir. Y unos llegaron a tiempo a la pluma, pero a

²² Andrés Carranque de Ríos, *Cinematógrafo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

²³ Carmen Laforet, *Nada*, Barcelona, Destino, 1999.

²⁴ Camilo José Cela, *La colmena*, Madrid, Noguer, 1986.

²⁵ Rosa Montero, «El suicida egoísta», *El País Semanal*, 24-10-2004.

²⁶ Alfonso Costafreda, «Versos escribo», *Ocho poemas, recogido en Partidarios de la felicidad*, de Carme Riera, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

otros se les puso la pistola por delante. Y entonces unos escribieron y para otros llegó el frío y agusanado silencio.

Estudios sobre el suicidio

- ANDRÉS, Ramón, *Historia del suicidio en Occidente*, Barcelona, Península, 2003.
 BROWN, RON M., *El arte del suicidio*, Madrid, Síntesis, 2002.
 DURKHEIM, Émile, *El suicidio. Estudio de sociología*, Madrid, Losada, 2004.
 GUILLON, Claude e Yves Le Bonniec, *Suicidio. Técnicas, historia, actualidad*, Barcelona, A. T. E., 1983.
 MISRAHI, Alicia, *Adiós mundo cruel. Los suicidios más célebres de la historia*, Barcelona, Océano, 2003.
 SZASZ, Thomas, *Libertad fatal. Ética y política del suicidio*, Barcelona, Paidós, 2002.
 TIJERAS, Eduardo, *El estupor del suicidio*, Madrid, Editorial Latina, 1980.

Otras fuentes utilizadas

- BURGOS, Carmen de, *El suicida asesinado, La novela corta*, nº 339, junio, 1922.
 CARRANQUE DE RÍOS, Andrés, *Cinematógrafo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
 CASTILLA DEL PINO, Carlos, «Otto Weininger o la imposibilidad de ser», prólogo a *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, Barcelona, Península, 1995.
 — *Un estudio sobre la depresión*, Barcelona, Península, 2002.
 CELA, Camilo José, *La colmena*, Madrid, Noguer, 1986.
 CRUZ, San Juan de la, *Poesía*, Madrid, Cátedra, 1989.
 EURÍPIDES, *Medea*, Barcelona, La Magrana, 1994.
 GANIVET, Ángel, *Epistolario*, ed. Francisco Navarro y Ledesma, Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams Editor, 1904.
 HERNÁNDEZ, Miguel, *La savia sin otoño. Antología poética*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.
 LAFORET, Carmen, *Nada*, Barcelona, Destino, 1999.
 LARRA, Mariano José de, *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
 LEE, Felicia R., «Se retiran pronto, pero sin cortesía, a la noche eterna», *The New York Times / El País*, 10-6-2004.
 MONTERO, Rosa, «El suicida egoísta», *El País Semanal*, 24-10-2004.
 NELKEN, Margarita, *Mi suicidio, La novela corta*, núm. 474, diciembre, 1924.
 PANERO, Leopoldo María, *Poesía completa, 1970-2000*, Madrid, Visor Libros, 2001.
 RIERA, Carme, *Partidarios de la felicidad*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.
 SAMPEDRO, Ramón, *Cartas desde el infierno*, Barcelona, Planeta, 2004.
 VV. AA., *Suicidas. Antología*, Madrid, Editorial Ópera Prima, 2003.